

Ante la Cruz

Yo quisiera ir a ti
 porque añoro en mi vida
 trezado de pecados
 una inefable calma,
 mas, ay, aunque lo intento
 áspera es la subida,
 ¡en las zarzas se enredan
 las fibras de mi alma!

Ven a mí; no te importe
 las zarzas del camino
 deja en sus agudezas
 tu vellón de pecado
 sólo limpio y sin mácula
 puedes gustar mi vino;
 la sangre de mis venas
 que por ti he derramado.

El verbo se hizo carne
 y por salvarte muere
 porque más que su vida
 tu cariño prefiere;
 ¿no me ves padeciendo
 sólo por ti en la Cruz?...

¡Oh, sí! ¡Perdón, Dios mío!
 Tu palabra amorosa
 ha transformado mi alma
 en blanca mariposa...
 ¡Déjame que la abrace
 en tu divina luz!

EVOCACIONES HISTORICAS

Las incursiones de los normandos en la España medieval

Por Angel DOTOR

CANTÚ afirmó que el normando fue el pueblo que más figuró en la Historia antigua después del griego, y en verdad que su pasmoso desarrollo y su gran irradiación expansiva en los siglos medievales justifican tan concluyente aserto. La tradición vernácula atribuye al mitológico Odin haber guiado al Báltico, con lo que establecieron en la península escandinava e islas adyacentes, a estos germanos llamados por tal razón hombres del Norte (*normand*), de elevada estatura, hermoso semblante y noble porte, que pronto demostrarían las cualidades psicológicas en ellos características, dentro de las generales de los pueblos bárbaros de la época: incesante deseo de acción, orgullo, audacia y afición al lujo. Su afán aventurero tenía, indudablemente, un fundamento atávico originario, pero vióse propulsado por razones geográficas y políticas. Como dice Haumont, las causas que determinaron las invasiones normandas fueron muy complejas: el paganismo, el crecimiento de la población, las luchas tribales y la sed de oro. Debemos resaltar, empero, lo que apunta el insigne historiador al comienzo nombrado: «Absolutos reyes en sus tierras, los padres transmitían las propiedades a los primogénitos, pues en aquel clima avaro, no sometido por el arte, era imposible fraccionar los terrenos, que necesitaban un cultivo en grande; los hermanos menores, arrojados de la casa paterna, buscaban libertad, subsistencia y gloria en los mares».

Empero normandos y vikingos se consideren sinónimos, debe establecerse cierta diferenciación entre ambas denominaciones, pues los segundos (de *vik*, golfo o puerto) fueron los normandos de la fase inicial de expansión, aplicándose el término *viking* a los jefes de las estaciones marítimas o colonias conquistadas y, por extensión, a todos los guerreros. La época de los vikingos comprende, pues, algo más de un siglo, desde finales del VIII hasta ya bien entrado el

X, aunque las incursiones en el Occidente y Sur de Europa todavía continuarían, si bien procedentes de territorios más cercanos que los originarios, donde aquel pueblo nórdico había conseguido asentar su dominio. Ya en tiempos romanos infestaban las costas de la Galia y Bretaña, pero reinando Carlomagno se regularizaron aquellas expediciones, siendo la primera que mereció tal nombre la capitaneada por Lodbrok, tripulando embarcaciones que eran a modo de grandes barcas a las que daban el nombre de *drakkares*, aptas para remontar los ríos, con lo que penetraban en el interior, saqueando ciudades y llevándose a sus habitantes como esclavos o matándolos cruelmente si oponían resistencia. Como cada uno de los países normandos aportaba determinado número de aquellos buques, el caudillo Frolo III llegó a reunir tres mil bajo su mando. No es extraño, pues, que pronto cundiera el pavor en los territorios donde aquellos piratas ponían su planta, hasta el extremo de generalizarse en las iglesias alemanas y francesas el rezo de la deprecación famosa: *A furore normanorum libera nos Domine*. En sus cantos y narraciones tradicionales, las famosas *sagas*, cuya colección denominaron *Edda*, aparecen consideradas tales expediciones como el *camino de los cisnes* que servía para adquirir cuanto les negaba la tierra erial o cultivada y la pesca, insuficiente para remediar el hambre que de vez en cuando afligía a las comarcas. Las demás costas continentales e islas bálticas y otros territorios del Mar del Norte, del Atlántico y del Mediterráneo sintieron los efectos de las hordas normandas, que se adentraron firmemente en importantes regiones, utilizando para su penetración los grandes ríos. Así, por el Elba y el Mosa llegaron al corazón de Alemania; remontando el Sena penetraron en París, saqueándolo tres veces; avanzaron después por el Loire, tomando Nantes, y por el Garona hasta Toulouse, y a continuación por el Ródano arriba. A comienzos del siglo X una nueva horda al mando del noruego Rollon llegó a París y retrocedió, haciéndose fuerte en Ruán, consiguiendo aquél del rey galo, Carlos el Simple, que le diese la mano de su hija Gisela, permitiéndole permanecer en la región del Sena, a condición de pagarle un feudo y convertirse al Cristianismo, con el nombre de Roberto. Un descendiente de Rollon, el Duque Guillermo de Normandía, desembarcó en Inglaterra, al frente de un ejército de 60.000 hombres, consiguiendo vencer al rey anglosajón Haroldo en la célebre batalla de Hastings con lo que quedó sometida la isla a los normandos franceses. Luego asentaron sus reales en la mitad meridional de Italia y llegaron hasta Tierra Santa. También se cree que arribaron a las costas septentrionales del Nuevo Continente, varios siglos antes de ser descubiertas por Colón.

La Península Ibérica no constituyó excepción para las apetencias normandas, y así vemos que en menos de siglo y medio tuvieron lugar tres invasiones por aquel pueblo nórdico, las cuales fueron limitadas y de breve duración. Ya en el año 843 llegaron audaces navegantes normandos, mandados por Vitingur, a nuestras costas cantábricas. Primeramente desembarcaron en Gijón y luego en La Co-

ruña, donde les salió al encuentro el rey astur-leonés Ramiro I, que consiguió derrotarles, hundiendo algunas de las setenta embarcaciones enemigas. Las cincuenta y cuatro restantes dirigiéronse al estuario del Tajo, penetrando en Lisboa el miércoles 20 de Agosto del 844, donde lograron, en parte, sus propósitos depredatorios. Pero combatidas por los musulmanes de la ciudad, a los trece días tuvieron que reembarcar, continuando el rodeo litoral por los Algarbes hasta llegar al Guadalquivir. En varias crónicas árabes figuran detalladas las correrías de los piratas escandinavos a lo largo de las costas de al-Andalus, que coinciden, en lo esencial, con la breve referencia que del mismo tema ofrecen algunas fuentes cristianas, habiendo utilizado unas y otras el célebre Dozy para trazar un estudio tenido por definitivo durante más de medio siglo, hasta que el descubrimiento reciente del *Mugtabis* de Ibn Hayyan ha servido para complementarlo. Como la moderna crítica historiográfica ha puesto de relieve, los testimonios de Ahmad-al-Razi y de su hijo Isa, reproducidos por dicho cronista cordobés, suponen un conjunto de pormenores abundantes e interesantísimos sobre los desembarcos normandos en España durante la época de Abderramán II. El gobernador de Lisboa, Wahb Allah ben Aazm, comunicó al Emir la presencia en aquellas costas de los «hombres del Norte», llamados por los historiadores árabes *al-Urdumaniyyun* o *Nordomani*, y más frecuentemente aun *Machus* («idólatras» o «adoradores del fuego»), con lo cual se enviaron al momento desde Córdoba instrucciones a los walies de las provincias marítimas para que estuvieran prevenidos. Consta que algunos barcos fueron a parar algo más lejos de la desembocadura del gran río andaluz, desembarcando sus tripulantes en el litoral frente a Medina Sidonia, después de lo cual ocuparon el puerto de Cádiz; pero la mayoría de las unidades de la flota normanda, que con los refuerzos recibidos comprendía ochenta, se internó por el Guadalquivir, favorecida por la pleamar. Detuviéronse en la Isla Menor, entonces llamada Captel, el 29 de Septiembre, y al día siguiente cuatro barcas hicieron un reconocimiento algunos kilómetros más arriba, hasta Coria del Río, donde desembarcaron los tripulantes, saqueando el pueblo y asesinando a sus habitantes. Tres días después toda la flotilla reanudó la navegación, aproximándose a Sevilla, desde donde pronto vióse con espanto que las negras velas de los piratas destacaban sobre el río.

El insigne islamólogo francés Lévi-Provençal, recientemente fallecido, maestro insuperado en el conocimiento de la España musulmana, ha dejado un cuadro exacto y brillante de lo que constituyó aquel espantoso saqueo de la capital hispalense, abandonada por sus habitantes que pudieron salvar la vida. «Advertido sin demora del desembarco —escribe—, el Emir Abderramán II no se quedó cruzado de brazos. Procedió al punto a dar órdenes de movilización en las provincias del interior y en las Marcas, y al recibir las primeras noticias hizo salir un cuerpo ligero de caballería con sus mejores generales. Esta tropa tomó posiciones en las alturas del Aljarafe, que dominan Sevilla por el Sudoeste, y en seguida vino a unirsele una co-

lumna de infantería. Entre tanto los contingentes movilizados en todas partes aflúan a la capital, y, a su vez, tomaban también la dirección de Sevilla. Las fuerzas cordobesas no tardaron en tomar contacto con los normandos, a los que hicieron sufrir graves pérdidas. El combate principal tuvo lugar el martes 11 de Noviembre del 844, un poco al sur de Sevilla, en Tablada, en la extensa llanura — hoy aeródromo — que se extiende al Este de la confluencia del Guadaira con el Guadalquivir. Los Machus habían desembarcado en masa de sus bajeles para hacer frente a las fuerzas omeyas; pero éstas dieron buena cuenta de sus adversarios matando más de mil hombres y haciendo prisioneros a otros cuatrocientos que fueron ejecutados a vista de los fugitivos que se embarcaban a toda prisa rumbo otra vez al Sur. Treinta navíos normandos que quedaron vacíos fueron incendiados. Los musulmanes volvieron a ocupar Sevilla. En los mostradores de carnicería de los zocos fueron expuestos los sangrientos trofeos de la victoria, mientras de las ramas de las palmeras de Tablada quedaban colgadas muchas cabezas de los malditos piratas». La flota de los normandos volvió a hacerse a la mar, rumbo a Aquitania, después de algunas tentativas de desembarco, primero en Niebla y luego en el litoral del Algarbe y en Lisboa. Al año siguiente asoló la región de Burdeos y Santogne. Entre tanto, algunas naves escandinavas hicieron una incursión por la costa de Arcila, en Marruecos.

Pocos años transcurrieron hasta la segunda llegada de los normandos, que intentaron una doble y simultánea ofensiva contra la Península Ibérica y Marruecos en el trienio 858-861. Los piratas escandinavos desembarcaron una vez más en el litoral gallego, pero fueron rechazados por el Conde don Pedro, según consigna la *Crónica Albeldense*. En vista de lo infructuoso de su tentativa bajaron hacia el sur con una flota de sesenta y dos bajeles. Como los musulmanes estaban bien apercibidos desde la incursión de tres lustros antes, con lo que sus escuadras patrullaban constantemente por el Atlántico, llegando hasta el golfo de Gascuña, pudieron perseguir a la vanguardia vikinga, apresando dos de sus barcos a la altura del Algarbe. Los restantes navíos llegaron a la desembocadura del Guadalquivir, donde permanecieron algunos días sin atreverse sus tripulaciones a desembarcar por haberse informado de que un ejército omeya bajaba por el valle fluvial para aniquilarlos. En vista de ello pasaron el Estrecho tomando tierra en Algeciras, donde incendiaron la mezquita mayor; pero allí fueron rechazados con grandes pérdidas, como lo prueba el hecho de que en la reconstrucción del templo se emplease, para las puertas, madera de los barcos capturados. Siguieron rodeando el litoral mediterráneo, e hicieron una incursión hasta Orihuela, mientras parte de la flota saqueó Nakur, en la costa marroquí, haciendo cautivos. Como en todo ese tiempo habían perdido cuarenta unidades, las restantes se unieron a otra flota de refuerzo que por entonces llegó. La mayor parte de ella se dirigió a asolar el archipiélago balear, mientras los restantes bajeles remontaron el curso del Ebro, consiguiendo un cuerpo de desembarco lle-



ALBUM EXTREMEÑO. — Calle típica de Cáceres

gar hasta Pamplona, donde hizo prisionero al rey García Iñiguez, quien para recobrar la libertad hubo de pagar como rescate «varias decenas de millares de sueldos de oro». Después de este gran golpe de mano se fueron a proseguir sus rapiñas en Francia, donde devastaron Arlés, Nimes y Valence, y por el Norte de Italia, que también sufrió mucho la acción de aquellos piratas.

Algo más de un siglo después tuvo lugar la tercera invasión normanda. En el año 966, reinando Alhakem II, se produjo en la España árabe gran alarma por haber llegado a sus costas aquellos piratas cuyo nefasto recuerdo no se había desvanecido. Tratábase entonces de daneses paganos que pretendieron quedarse en el Norte de Francia, pero a quienes el Duque de Normandía, Ricardo I, nieto de Rollón, había conseguido encaminar hacia España, deseoso de que no irrumpieran en sus dominios. Tripulando veintiocho navíos, hicieron su primera escala en Alcacer do Sal, al Sur de Portugal, extendiéndose luego por los llanos lisboetas, donde tuvieron sangriento encuentro con las tropas musulmanas del país. La escuadra de Sevilla alcanzó a los barcos de los Machus en la desembocadura del río de Silves, consiguiendo destruir muchos y liberar a los cautivos que transportaban, tras lo que volvió a anclar en el Guadalquivir. En el año 971 volvieron a ser vistos barcos danese a lo largo de aquellas costas, por lo que Alhakem II dio a su Almirante de la armada mediterránea, Abderramán ben Rumahis, orden de reunirse en Sevilla con la otra escuadra anclada en aquel puerto, y ello hizo que los piratas no llegaran a desembarcar.

En cambio, Galicia sufrió poco después los efectos de la invasión pirática. Según consigna el Padre Mariana refiriéndose a esto, los hombres del Norte de Europa «maltrataron las tierras, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaron: duró dos años esta plaga». Como el rey Bermudo II, a la sazón un niño, estaba imposibilitado de acudir a la defensa, organizó ésta el prelado compostelano Sisnando, quien consiguió reunir numerosas huestes con las que atacó al enemigo cerca de Fornelles; pero resultó muerto a consecuencia de un cierto disparo de saeta el 29 de Marzo del 979. Entonces asumió el mando el conde Gonzalo Sánchez, quien, tras sigilosa preparación, sorprendió a los normandos cuando marchaban descuidados junto a la costa transportando el producto de sus saqueos. En la refriega resultó el enemigo literalmente aniquilado, y muerto su jefe, Gunderedo, con lo que consiguióse rescatar cautivos y presas, quedando las naves ora destruidas, ora apresadas en su totalidad.

Todavía registran los anales más invasiones normandas en España, como la acaecida en tiempos de Gelmírez, el famoso arzobispo compostelano, que tan honda huella reconstructiva dejó impresa en el pasado patrio, si bien cabe decir que no fueron propiamente normandos los que entonces —bien entrado ya el siglo XII— «cayeron de pronto sobre la costa, mataron a unos, robaron a otros cuanto tenían, y cautivaron a muchos obligándoles a pagar rescate; y no se contentaron con eso, y lo que nos queda por decir nos hace temblar

de horror: cegados por la codicia violaron las iglesias y se apoderaron sacrilegamente de las cosas y personas que en ellas hallaron—según puede leerse en la *Crónica Compostelana*—, sino habitantes de las Islas Británicas que, al socaire de su condición de cruzados que marchaban a Jerusalén, sabían entreverar sus empresas pseudo-cristianas con las de vulgar piratería. Se cree que fueron incitados a ello por los señores feudales gallegos Pelayo Godestier y Rabinat Núñez, de cuyos castillos apoderóse Gelmírez, siguiendo instrucciones de la reina doña Urraca, en castigo a su rebeldía. En una de aquellas incursiones consiguió el denodado Arzobispo destruir los barcos piratas empleando para ello su incipiente escuadra, que puede considerarse—después de la de los árabes andaluces— como el comienzo del poder naval español en el Océano.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23, Navalmoral de la Mata. (Cáceres)

a Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA»

SONETOS

De tierna luna y cándido asfodelo
tu inmaculada donceller, clausura
de nardos y azahar, donde fulgura
el rocío llorado por el cielo.

Es un ángel descalzo el arroyuelo
que te sirve de espejo en su frescura,
y es un gajo de aromas tu cintura
y un ala de suspiros tu pañuelo.

De la mano del aire, rumorosas
te siguen las abejas y las rosas
alzan en tu defensa las espinas.

La luz crece en tus hombros. Tu garganta
es surtidor de miel, y en las colinas
de tu pecho la aurora se levanta.